



Crónica ganadora en la categoría Prensa Escrita, publicada en El Heraldó el martes 8 de febrero 2016

Farotas, 300 kilómetros de viaje al Carnaval

Por Álvaro Pión Salas

Cuando sus abarcas de tres puntá pisan el cumbiódromo de la vía 40, Manuel Matute mientras escucha los aplausos del público olvida sus 73 años y siente que regresa a 1982, año en que las Farotas de Talaigua participaron por primera vez en el Carnaval de Barranquilla.

Aunque en ese momento el campesino tenía 39 años y la madurez propia de un hombre con familia que hacía tiempo labraba la tierra, nada le servía para evitar sentirse nervioso y sobrecogido por la multitud que gritaba desde los andenes en la Batalla de Flores de ese Carnaval del cual guarda profundos recuerdos.

Al principio se sintió torpe, a pesar que desde 1962 hacía parte del grupo de faroteros, pero la música que iba recorriendo el cuerpo y el licor que descendía por la garganta fueron disipando el temor: solo existían él y sus 12 compañeros mientras interpretaban la danza guerrera de sus antepasados indígenas de Talaigua, municipio de Bolívar ubicado en la depresión momposina, una lla-

nura aluvial donde los ríos Cauca, Cesar y San Jorge son tributarios del Magdalena.

Matute recorre las calles pavimentadas y a cada paso sus abarcas van sonando, como si marcara el ritmo de un baile. Su piel está tostada y en el rostro están acentuadas las huellas de una vida dedicada a la danza y al trabajo en el campo. Este año la impotencia por la falta de lluvia solo tuvo consuelo en lo que él denomina “la responsabilidad y el honor más grande: dirigir la danza de las Farotas”.

En su casa lo espera Jairo Mancera Ortiz, uno de los capitanes del grupo de bailarines. Los hombres pasan al patio de la vivienda, una zona con un piso de tierra mojada a la sombra de un árbol frondoso, para cuadrar los últimos detalles antes de viajar a Barranquilla.

Mancera afirma que es costoso el viaje, por lo que deben tocar las puertas de empresas en busca de un patrocinio. “Nos gastamos como unos 100 millones de pesos en todo lo que implica el carnaval: vestuarios, pasajes, alimentación y

hospedaje”, explica el gestor cultural sacudiendo el suéter verde que lleva puesto para refrescarse.

Según Matute, es muy poco el apoyo estatal que reciben. “Como la Gobernación de Bolívar no vela por nosotros, solo nos hemos presentado unas 3 veces en las fiestas de la Independencia de Cartagena, mientras que al Carnaval hemos asistido 33 años ininterrumpidos, 34 con este”, explica el líder sentado en una silla, con los labios apretados y las cejas y los hombros alzados, en un gesto de incredulidad.

Cae la noche en Talaigua y con ella empieza a florecer la vida nocturna. En las calles se instalan picós y los billares se llenan con hombres que regresan de sus trabajos. Otro grupo camina en dirección de un billar, pero desvía antes tomando un callejón oscuro que desemboca en una cancha de microfútbol cementada. Entre ellos hay un ambiente de familiaridad y camaradería.

La cancha está pobremente iluminada con una sola lámpara, “porque las otras tres se las robaron los vándalos”, grita Pedro Morales, un albañil bajito con unas entradas pronunciadas.

Cinco músicos están apostados en el extremo de donde sale la luz. El grupo de farotas se divide en dos hileras de seis personas y en el medio queda Matute. Hay tres tipos de danzantes: el mama, que hace las funciones de director artístico, que en este caso es Matute; está el ninfa, el más joven del grupo, lugar que ocupa Joaquín, nieto de Manuel, y los bailarines, con un capitán en cada columna, el puesto de Jairo Mancera, y su hermano Jean Carlos Mancera.

Los hombres en fila están atentos a las señales de Matute. A un movimiento de asentimiento con la cabeza, la flauta de millo suena acompañada por un par de maracas, un tambor alegre, un tambor llamador y un bombo.

Al ritmo de los compases del perillero, la lavada y el paloteo, los 12 hombres y el niño representan los 13 indígenas de la tribu farotos de los que se desprende la leyenda de las Farotas, que asegura que al llegar los españoles comenzaron a abusar de las mujeres nativas violándolas y prostitu-

yéndolas. Ante ese ultraje los caciques Mompo y Taligua se aliaron para vengarse: vistieron con ropas similares a las de las mujeres españolas a 12 de sus guerreros más bravos, liderados por Taligua, y los escondieron en sus chozas de paja y barro.

Al llegar los españoles a las viviendas para comenzar sus fechorías fueron asesinados por los guerreros, que vengaron la afrenta. Este suceso siguió festejándose en la zona cada año, y para conmemorar la victoria los hombres volvían a vestirse como mujeres para bailar al compás de sus ritmos autóctonos.

Finaliza el baile, y como si fuera un clan tribal, el grupo está compuesto en su mayoría por dos familias: los Matute y los Ortiz. Hay hijos, abuelos, hermanos, primos, tíos, sobrinos y hasta cuñados. Cuando un niño nace en una de estas dos familias su destino está señalado: farota o músico. Pero esto no impide que pueda desarrollar un trabajo, como lo demuestra la variedad de oficios que tienen los integrantes:

hay exconcejales, profesores, albañiles y un técnico en salud ocupacional e inspector de construcciones, entre otros.

“Yo pertenezco a la cuarta generación de farotas, mis hijos a la quinta y mi nieto a la sexta”, interviene Matute. Ahora la extensión de la danza en el tiempo está asegurada con los semilleros que dirige Jean Carlos. Pero no siempre fue así. Una vez dominadas las tribus de la depresión momposina el ritual fue perdiéndose hasta que en 1888 un hombre llamado Efraín Chica rescató el baile. Luego fue Domingo Carrera quien lo organizó y desde entonces han luchado 20 mamas por conservar su tradición ancestral.

“Ha sido complicado porque han nacido otros grupos de farotas e incluso nos plagiaron una vez en un carnaval en el exterior. No solo tenemos que luchar contra el olvido, sino contra los que nos copian”, manifiesta Matute con voz cansada. Uno a uno los ‘guerreros’ van dejando la cancha. Les espera una dura travesía hasta la vía 40.

A las 6 de la mañana del sábado de Batalla de Flores, 25 hombres y un niño están en ‘pie de guerra’ en Talaigua. Su imagen evoca a sus antepasados cuando iban a combatir al enemigo y debían dejar el hogar por unos días.

Suben a los carruajes metálicos que los aguardan en dirección a La Bodega, vereda de Cicuco, un recorrido de 15 kilómetros que les toma una media hora. La mañana fría, que contrasta con el calor del mediodía, es atravesada por el ruido de los motocarros.

Una vez llegan al muelle de la vereda deben esperar hasta que salga un *johnson* que los lleve hasta Yatí. Esto permite que algunos integrantes retrasados puedan llegar.

Con la llegada de la embarcación todos recogen sus maletines y cajas con encomiendas para los familiares que viven en Barranquilla. Se van acomodando en el fondo del transporte y aguardan pacientemente. A las 8 de la mañana parten de La Bodega, un tramo de casi 10 kilómetros que pasan en media hora.





El grupo de danza tiene que atravesar en *johnson* un brazo del río Magdalena y viajar en bus para presentarse en la Gran Parada de Tradición.

En Yatí suben a un bus que alquilaron para el viaje expreso. A las 9 arranca la expedición de talaigüeros. La mayoría busca acomodo en sus sillas para dormir un rato, pero Manuel Matute va despierto, vigilante de su tropa.

Recostado al espaldar, el campesino evoca momentos que le traen satisfacción. “Nosotros hicimos parte de la mesa de trabajo para que el Carnaval de Barranquilla fuera declarado patrimonio oral e inmaterial por la Unesco. Para eso nos ayudó mucho Etelvina Dávila, que era la directora de la comparsa y quien nos llevó por primera vez”, manifiesta Matute.

“Los primeros años fueron muy duros. Se burlaban de nosotros, nos gritaban ‘maricas’, pero nos mantuvimos firmes y seguimos bailando como machos”, dice el mama con un brillo en los ojos, como el guerrero que confía en el triunfo al final de la batalla.

Jairo Mancera agrega que una vez les gritaron “Locomía” (grupo musical español de finales de los 80 y principios de los 90) e incluso a un compañero intentaron tocarle las nalgas, pero le dieron una paliza al agresor.

Tras cinco horas de viaje en bus (siete en total) y cerca de 300 kilómetros, las Farotas llegan al barrio Las Moras,

donde tradicionalmente han establecido su ‘fortaleza’ y asentado sus ‘huestes’.

La mañana de la Gran Parada de Tradición pone a punto sus atuendos. Afuera suenan tambores de guerra, percusiones que con cada golpe invocan a sus antepasados mientras los hombres adentro se ponen las faldas amplias con estampados de flores multicolores que van encima de un pollerín, un suéter manga larga blanco llamado ‘amansaloco’, un sombrero decorado con flores en la parte frontal, aretes largos, una gola en el pecho y un paraguas que mueven al compás de la música, pero el mama lleva además en la muñeca derecha un ‘perrero’ o látigo de varias puntas con el que llama al orden a los bailarines.

Metidos en su papel, se ayudan entre ellos a componerse los vestidos. Se van pasando un lápiz labial para pintarse los pómulos y la boca, se miran al espejo para comprobar que todo quedó bien y al final algunos lanzan un beso que su reflejo les devuelve. Entre los músicos va circulando un garrafón con apenas dos dedos de aguardiente cuando aún no son ni las 10 de la mañana. “Es para ir calentando motores”, señala Jairo Arrieta, encargado de manejar el bombo desde hace 25 años. Nue-

vamente toman un bus que los deja en una calle aledaña a la vía 40.

Algunos están nerviosos, otros bromean y el garrafón va de mano en mano, llenando de valor y calentando los corazones. Lisandro Polo, el rey Momo del Carnaval, llega hasta donde están apostados. Va a salir con ellos como un homenaje a las Farotas y una forma de protestar en contra de la violencia hacia la mujer.

Para Mónica Ospino, directora actual de la danza e hija de Etelvina Dávila, es un momento de orgullo y gran reconocimiento para la antigua danza guerrera.

La directora le ayuda al rey Momo a ponerse la gola y le pasa el labial para que coloree sus mejillas y pinte sus labios, en señal de que se ha sido aceptado como farota honorario.

Cuando pisa la vía 40, Matute regresa a su primer año en el carnaval. Con los primeros compases el mama va dando indicaciones a sus 22 ‘guerreros’. Comienzan a bailar y no son solo ellos, están todos los Matute, Ortiz, Morales, Polo y 5.397 talaigüeros; están Efraín Chica, Domingo Carrera y su hijo Ramón ‘Pelota’, están sobre todo Taligua y los 12 guerreros que decidieron disfrazarse de mujer para vengarse de los españoles, hazaña que sus descendientes perpetúan ganando 25 congos de Oro y el reconocimiento del público.

